

DOS CUENTOS DE CARLOS SANTA MARÍA PICO

Ajuste de fechas

Ella es perfecta. La típica chica perfecta. Con sus cosas, pero no se le puede poner ni un pero. Con esa manera tan graciosa de sorber los líquidos, los labios hacia delante, las arruguitas en los lados de la cara y la mirada miope mientras la sopa o el vino le inundan la boca y se precipitan al vacío de su tubo digestivo. Ella es así, yo no puedo ni siquiera imaginar un reproche. Deja la ropa ordenada, en un rincón, para no molestarme. No dice nada que me pueda molestar, no insinúa nada incorrecto, no da un paso de más, no quiere, no pretende. Simplemente está ahí. La he dejado entrar, y se ha quedado. No es que haga mucho por quedarse, ella es así, no hace ruido, no pretende ser el centro, ni por asomo lleva las cosas a su terreno. Nunca lo haría. Yo no la pedí quedarse, pero ella tampoco me obligó, ni me hace sentir que deba hacerlo. Ella es como el aire tibio de la mañana que se cuele por las ventanas del salón y permanece allí instalado, convirtiendo la habitación en un lugar ventilado, en un espacio de futuro.

Ella mata los recuerdos. Simplemente aceptó entrar en mi casa y con eso ha matado las asechanzas, ha exterminado la soledad y el escándalo de los bichos de mi corazón. Pero eso no basta. Y debería saberlo. Debería enterarse de una vez. Yo vivo solo. No necesito a nadie y no quiero a nadie. No soy una isla. Soy un continente y no dejo entrar a nadie. Tengo limitado el acceso. Sólo los que traen provisiones, ya sea comida o sexo. Dejan el encargo y se marchan por donde han venido. Y todos tan felices. Pero ella se ha quedado. Yo no se lo pedí, pero tampoco le dije que debía marcharse. Sólo sé que aquí está, con su sonrisa liviana, con sus gestos delicados y esa manera tan suya de no decir nada, de no molestarme.

Pero, ahora que lo recuerdo, sí se lo dije. En cuanto terminemos, en cuanto me canse de verte, te vas de aquí. Y ella dijo sí, aceptó las condiciones, no puso el menor problema. Así que no es más que decirle vete y se irá. Tan fácil como eso. Ella también está sola y sabe cómo funcionan estas cosas. Son muchos años y no queremos dejar de ser nosotros mismos, los que somos, los que siempre hemos sido, gente solitaria que no necesita a nadie. Y yo no la necesito. Es sólo cuestión de dejárselo bien claro. En cuanto se levante, se lo digo. Con tranquilidad, amablemente, no hay necesidad de ponerse desagradable. Ella tampoco se lo merece. Se ha portado bien conmigo, no me ha presionado, no pidió nada. Simplemente aceptó mi invitación y se quedó a dormir. Y me gusta verla dormida, con sus arruguitas semiescondidas entre las sábanas. Pero no está bien, esto no está nada bien. En cuanto se despierte se lo pido con amabilidad, mira, creo que es mejor que te marches. Y se irá con su sonrisa, estoy seguro. Ella lo entenderá. Aquí no se puede estar más de una noche. Me gustas mucho pero yo vivo sólo, nadie

se instala aquí. Tengo tantas cosas mías que sólo sé disfrutar a solas, que tú acabarías por ponerme muy nervioso y sacaría lo peor que tengo de mí. Sería todo tan desagradable, acabaríamos por hacernos daño, mucho daño. Evitemos un final sórdido. Te duchas y te vas. No, nada de un café. Acabaríamos haciendo de nuevo el amor sobre la alfombra o vete tú a saber dónde, probaríamos el armario de la entrada, y todo por esa manera tan graciosa que tienes de sorber el café y que sacaría lo peor de mí.

Mientras se termina de despertar, decido que ha llegado el momento de hacer las cosas a mi manera. Tengo un bicho durmiendo en mi cama. Un objeto, mejor que sea un objeto. En cuanto llegue el momento, un par de frases, algo de empatía y problema resuelto. Mientras, haremos como que no está. Entorno la puerta de mi habitación y empiezo a hacer las cosas que siempre hago por las mañanas. Me preparo un desayuno ligero pero vigorizante: zumo y cosas así. Me ducho, me pongo de estar por casa, pero elegante, nada de pantalones de chándal ni de camisetas viejas. Luego, abro la puerta y cojo los periódicos. Estoy suscrito a unos cuantos, lo suficiente como para conocer todas las opiniones. Soy un continente lejano, con una severa política de inmigración, pero permito la libertad de información. El que quiera contarme algo puede entrar en mi casa. Enciendo la radio o miro la Internet y ya está. Sin contactos físicos ni tener que aguantar historias desgarradas de me dejó, le dejé, estuvimos un tiempo y ahora ya me ves, sola y deseando salir adelante. Yo no soy de esos. Yo no he dejado a nadie, ni nadie ha tenido nunca la suerte de dejarme. Sencillamente, evito hablar lo menos posible con los proveedores. Conocerla fue un mero acto casual, una de esas cosas que ocurren a veces cuando sales a la calle y entras en un bar. Me gustas. Está bien, pero no quiero nada más que lo que hay, no te vayas a hacer ilusiones. No me importa. Yo tampoco busco nada. Pues mejor así. Y cuando yo diga te vas. Eso, si no me voy yo antes. Nos entendimos a la primera. Y el sexo estuvo bien, demasiado bien. Seguro que me entran ganas de repetir, pero estoy aquí con mi zumo y mis tostadas integrales, recién duchado, oliendo a regiones selváticas, y con los periódicos desplegados. Es decir, ya estoy en lo mío. He cerrado la puerta y ya no hay vuelta atrás. Por mucho que sonría o tropiece con los muebles y ponga esa carita de niña despistada, yo ya he cerrado la puerta y ella no puede hacer nada para retenerme. En cuanto la escuche moverse, un bostezo me vale, entraré en la habitación y con delicadeza, pero muy claramente, le diré que esto se ha acabado señores, y a casita que llueve. No hay más. Seguro que entonces veré su espalda, y tendré que clavarme las uñas, sentir dolor real para no pedirle que se quede, para no acariciarla y pedirle que se quede un ratito más, comer junto tal vez, darnos un paseo hasta la Plaza Mayor y esperar juntos el atardecer. Pero no lo haré. Me llevaré un cuchillo, y, dentro del bolsillo, me lo clavaré en la pierna hasta hacerme sangrar si fuera necesario. Cualquier cosa por no caer de nuevo en su sonrisa por no dejarme derribar por la vista de su espalda.

Miro el periódico con aire despreocupado. Lo de siempre: historias de unos y otros y de los de más allá. Lo de siempre. Lo de siempre. Un momento. Miro la fecha. Es la misma en todos. La misma fecha. Me levantó sobresaltado. Abro la nevera. Y allí está. Así que es esto. Se confirma mi primera intuición. Empiezo a temblar. La cena de anoche sigue ahí. Nos la terminamos, pero ahí sigue. Perfecta, como si hubiera terminado de prepararla. Crema de puerros y ensalada de salmón marinado. El caso es que nos la terminamos. Miro los periódicos. Corro de un lado a otro. Abro las ventanas, contemplo la calle, intento fijarme en la gente que camina, en los coches que pasan. Nadie. Nadie.

Y me asomo a la habitación. Ella continúa durmiendo. Quiero despertarla, decirle que sé que todo esto tiene que ver con ella. Que ha sido ella la que ha hecho esto. La que no quería

molestar, la que desde el primer momento aceptó las normas. Ha sido ella. Los periódicos los dicen muy claro. Y los periódicos no mienten. Podrían hacerlo, pero también está la cena de anoche, la ausencia de vida en la calle. Ha sido ella, ¿quién si no? ¿Quién que no sea ella querría retenernos aquí por siempre? ¿Quién que no sea ella, con su sonrisa y sus delicados movimientos, puede haberme encerrado en un día como éste, un día que no existe, un 31 de abril? Un día al que no le sigue ningún otro día. Un día infinito, del que no podremos salir, una noche infinita que, desde hoy y para siempre, volveremos a repetir ¿Quién si no ella?

Un problema técnico

Supongamos que ando algo jodido. Es más que nada una hipótesis de trabajo, una manera de empezar. Estoy jodido porque es lunes o porque acabo de acordarme de que el fin de semana ha sido un desastre. Puedo estarlo también por esta cosa que me oprime o con lo cerca que me encuentro ya de la oficina. Da igual, no me hagan caso. Era solo una hipótesis. Aunque esto no saldría igual si asumiéramos que llego exultante un lunes al trabajo, tras un par de días yendo de acá para allá sin saber qué o cuándo o por qué. Jodido queda mejor. Exultante, poco creíble. Y si no, piensen. Si el sábado lo dedicas a hacer la compra, reparar un par de desperfectos, comer con tus padres y escuchar sus interminables peroratas, aguantar a los cuñados y sobrinos que invaden la casa a la hora del café, y correr esquivando el tráfico para comprobar al llegar a casa que nadie te ha llamado y que nadie por lo tanto son todas tus opciones para salir esa noche, pues la palabra es jodido. Porque el domingo no mejora la cuestión, y hay que repetir, pero esta vez más peroratas y más sobrinos, y más centro comercial porque me hacen falta un par de camisas nuevas. Cuando llego de nuevo a casa, nuevamente cero. La soledad del tipo muy solo. Ni una llamada perdida, ni mensajes, solo anuncios en la tele. Esa es una buena manera de prepararse para alcanzar la hipótesis inicial, ¿no les parece? Me refiero a que si llegas a ese punto de las diez de la noche de un domingo ya metido en coordenadas, pues qué quieres que te diga de la hipótesis. En esas, uno debería poder tirar para atrás la cinta o el mecanismo y plantarse en el sábado por la mañana con nada por delante y dinero para gastar, copas que llenar, esas cosas que no son la felicidad según aquellos que pueden disfrutar de ellas. ¿Qué hacer? ¿Rebobinar? ¿Esperar al próximo fin de semana? ¿Esperar para que pase lo mismo y acabar al domingo siguiente con el mismo deseo de echar la cinta para atrás? Podría ser, pero creo que me merezco una segunda oportunidad. Hagamos algo, rompamos los muros que nos oprimen —el que dijo esa frase lo hizo probablemente después de un fin de semana comiendo en casa de sus padres y esperando a que otros muchos alguien le llamaran para salir de copas—. Saltemos un par de días, es solo cuestión de cerrar los ojos y desearlo muy fuerte, de acuerdo a toda la literatura existente sobre este tipo de necesidades imperiosas. Bien, ya está. Todo perfecto. Abro los ojos y es por la mañana. Ha habido suerte y vuelvo a empezar el fin de semana. Solo por una cuestión mínima de rigor, le pregunto qué día es al primer tipo que me encuentro. No es que tenga fe en el método, pero nunca se sabe. Y el hombre, con cara de sorpresa, con esa expresión que todos ponemos cuando nos encontramos con un borracho en pleno desvarío, me dice: “Lunes, ¡qué pregunta!” ¡Cómo que qué pregunta!

Pues es una pregunta fácil, porque también le podría haber pedido su opinión sobre la evolución de los tipos de interés, pero decir el día en el que estás, pues no me parece a mí que sea para ponerse así. El caso es que me estoy yendo del asunto. ¡Lunes! Nada de sábado. Es decir, nada de rebobinar ni de recuperar el fin de semana. Lunes, que es el sinónimo de estar jodido, que si recuerdan era la hipótesis de partida. Así que ya no hay más historia. Cerré los ojos fuerte y en lugar de ir hacia atrás en el tiempo, dormí ocho horas. No hay nada como que no te funcionen los mecanismos ancestrales de deseo imperativo. Me quedan un par de manzanas para llegar al edificio de oficinas donde trabajo. Me queda una y no me queda ninguna. No hay edificio de oficinas donde trabajo. Hay un solar donde es evidente que no puedo trabajar y un letrero que dice "Edificio Alborán. Próxima Construcción." Según ese letrero, todavía me quedan varios años para poder entrar en la oficina donde ya no trabajo, sino a la que aspiro a entrar cuando termine mis estudios de Auxiliar Administrativo. Porque después de preguntar a otro tipo el día exacto en el que me encuentre, es decir, no el día de la semana, sino el mes y a ser posible el año, y tener soportar otra vez esa misma cara, me doy cuenta de que el rebobinado ha funcionado, pero que me he pasado de fecha. Como esas cintas de vídeo que estás echando para atrás para encontrar el principio de una película, te descuidas un momento y acabas viendo la película anterior. No sé si me explico, pero es para estar jodido. Me toca empezar de nuevo, aprobar otra vez en aquella escuela de mala muerte, para transitar por una vida de contratos basura hasta que terminen de construir el Edificio Alborán y alguien me cite a una entrevista de trabajo. Me toca vivir en casa de mis padres mientras tanto, con lo que nadie se atreverá a llamarme ningún fin de semana. A la gente le asustan las peroratas de mi madre.